

LAS CORONACIONES

DEMETRIO E. BRISSET

GRUPO DE INVESTIGACIÓN GIAC



1 Corona del Sacro-Imperio Romano Germánico (Viena, s. X)



2 Palacio Real de Madrid (s. XVIII)

En nuestras actuales sociedades complejas, el acceso de una persona al poder gira en torno al acto de su proclamación (según diversos mecanismos, más o menos democráticos o autoritarios), mediante la cual ostentará la delegación del conjunto social, al que sustituirá en la toma de decisiones. Los miembros de la colectividad han incorporado culturalmente determinada simbología del poder, de la que suelen desconocer sus raíces y significados. De acuerdo con Abélès, es importante interesarse por “las gramáticas del poder, poniendo de manifiesto sus expresiones y sus puestas en escena”, ya que se tratan de representaciones que “muestran las formas de lo político en nuestras sociedades, o dicho de otro modo, las prácticas que conforman la esfera de lo público” (Abélès 1977:1). Sin olvidar que nuestros gobernantes para cimentar su poder se aprovechan más de los medios de comunicación icónicos que de liturgias civiles.

Para evitar conflictos respecto a la función representativa, una de las bazas de los usufructuarios del poder es reivindicar su legitimidad. Para construirla y mantenerla, se reactivan los ritos que apelan a la nación y a su memoria, y se materializan por medio de símbolos que configuran un sistema de valores comunes.¹ En el ritual político se hace referencia a una tradición y de ésta toma su fuerza (implícita o explícitamente). Además, el oficiante del rito “tiene tendencia a anularse para dejar que hablen mejor los símbolos, para que su acción se inscriba en un sistema de valores que está por encima de él y en una historia colectiva que todo lo engloba; lo que prima es el sistema de valores y de símbolos reactualizado por el acto ritual.” (Abélès

1977:9). En el caso de la España contemporánea, en su ordenamiento constitucional conviven un sistema electoral de delegación periódica del poder gubernamental con otro vitalicio y dinástico para la jefatura del Estado.

En la primavera de 2012, diversos incidentes relacionados con miembros de la reinante Casa Borbónica² indignaron a la opinión pública, con el desprestigio mediático del régimen monárquico reinstaurado por el dictador Franco, lo que se intentó contrarrestar con una nueva web de la Casa Real. Aquí vamos a rastrear la evolución histórica y los significados, tanto de los ritos de entronización de soberanos como de la simbología presente en tal ceremonia que tuvo lugar en 1975.

3 Proclamación como rey de Juan Carlos I (Madrid, 22-XI-1975)



Materializaciones del Poder

Son diversas las expresiones simbólicas que reflejan autoridad o poder: uniformes, insignias, armas, creaciones artísticas, edificios... Quizás su manifestación más ostentosa sea la arquitectónica, de la que destacaremos el castillo, recinto amurallado cuya construcción exige gran esfuerzo colectivo y se remonta al Neolítico precerámico, ese período de la Prehistoria que se desarrolló en el llamado Creciente Fértil entre el VIII y X milenios a. C., cuando aparecieron edificios monumentales de carácter comunal. De esta etapa inicial de la civilización se conserva una de las ciudades más antiguas del mundo, la bíblica Jericó (en la actual Cisjordania palestina). La arqueología atestigua su existencia al menos desde el año 8000 a. C., datándose hacia el 7000 a. C. sus edificaciones neolíticas. Gracias al comercio, Jericó prosperó, agrupando a unas 3000 personas, con uno o dos templos, y rodeándose de gruesas murallas con un sistema defensivo muy elaborado, que pasa por ser el primero en la historia de la humanidad: un terraplén de 3 m. de anchura y 4 m. de altura, donde se apoya un torreón de 8,5 m. de alto (Bernabéu et al. 1993:115-116).

En España tenemos su equivalente en el yacimiento de Los Millares (Almería), poblado fortificado con cuatro murallas y torres de defensa, cuya antigüedad se remonta al 2700-1800 a.C.

Una de las fortalezas prehistóricas mejor conservadas se encuentra en el poblado o *nuraghe* Palmavera, cerca de Alghero (Cerdeña), habiendo sido construida la base de la torre principal entre los siglos XV y XIV a.C., y su segunda torre y la nueva muralla hacia el siglo IX a.C.

4 Recinto amurallado de Palmavera (Cerdeña)



Se puede considerar que el castillo “posee una doble imagen: por un lado es la defensa contra los ataques enemigos, la protección militar. Pero es también la sede del poder, símbolo del señor al que entregar los tributos y que impone las normas” (Brisset 1984:484). Otro objeto expresivo enraizado como mito casi universal es la 'espada mágica', símbolo de la fuerza, la ayuda divina y la transmisión del poder.

1 Los símbolos de la realeza

Usualmente, la colectividad humana ha sido gobernada por jefes, aceptándose ese ‘principio de mando’ que Bakunin calificaba de “maléfico”. Según parece, la primitiva y espontánea asamblea delegaría decisiones en el *consejo de ancianos*, suplantados ambos por dirigentes unipersonales, en ciertos momentos electos y en otros, impuestos. Con la organización social en estados, se extendió una forma de gobierno vitalicia y hereditaria, creándose las dinastías. Éstas debieron comenzar con la supremacía de los más fuertes de los guerreros, jefes militares convertidos en dirigentes de las ciudades-estado (“El estado es el fruto de la guerra”, según Leval 1978: 61). Su poder solía ser ejercido de modo absoluto y con sustento teocrático: el gobernante lo era “por derecho divino” (ejerciendo como intermediario entre la comunidad y las fuerzas de la Naturaleza, hasta pasar a considerarse encarnación del dios protector de la comunidad), y alcanzó el estatus de ‘jerarca’, bajo denominaciones como faraón, basileus, khan, emir, jeque, sultan, zar, shah, rey, príncipe... Los griegos designaron esta institución con el término ‘monarquía’ (de *monos*, ‘uno’, y *arche*, ‘poder’). Y para diferenciarse del resto de la sociedad, utilizaron diversos símbolos o insignias para acreditar su dignidad y riqueza.

1.1 El trono

Se trata del elevado y distante sillón donde sólo se pueden sentar los monarcas, y desde el que presiden los ceremoniales públicos. La persona que lo ocupa se identifica con él, hasta el punto que se utilizan los términos “entronizar” y “destronar” para indicar el ascenso a, y la desposesión de, tal categoría de poder. Están lujosamente elaborados (lo que refleja la riqueza del poseedor) y su situación física, en el nivel de lo proxémico indica un estatus superior.



5 Trono del faraón Tutankhamon (Dinastía XVIII, mediados s. XIV a.C.)



6 “Sillas de poder” de la prehispánica cultura Manteña (Ecuador)



7 “Silla de poder” o *duho*, cultura Lucayan (Caribe)

1.2 Emblemas

También designados *regalías*, término con dos significados. Por *jura regalía* se conocieron los derechos inherentes y exclusivos del poder soberano. También designa un conjunto de objetos simbólicos de realeza. Cada monarquía posee los suyos, a los que se atribuye un pasado a menudo legendario. Se conservan como tesoros, a los que se van incorporando elementos. En Francia se custodiaban en la abadía de Saint-Denis,

necrópolis de los reyes franceses. En el Sacro Imperio Romano Germánico, el primer inventario conocido de los *regalia* imperiales se remonta al siglo XIII. Junto con la espada, funcionalmente eficaz para la lucha, hay otros dos puramente ceremoniales: la corona y el cetro.

-La corona

Quizás el símbolo monárquico más extendido sea la corona, hasta el punto que con esta palabra se suele designar la institución en conjunto. El cristianismo triunfante la interpretaba como la señal o marca de la elección por Dios del soberano, así como de la recompensa que éste, de cumplir dignamente con su misión, recibiría del cielo tras su muerte.



8 Corona de la reina egipcia Sithathoriounef (Dinastía XII, h. 1850 a.C.)



9 Corona votiva del rey visigodo Recesvinto



10 Icono de la actual corona del Reino de España

No es un objeto que tenga utilidad para la vida diaria, sino que su uso se restringe a los actos ceremoniales o de gran aparato, de los que es expresivo adorno. El ritual para entronizar un nuevo monarca tiene su núcleo en la *coronación* o imposición de este artilugio sobre su cabeza, significando el nuevo poder adquirido. Sin embargo, la acción de acceder al trono o “coronar” no tiene su contrario en “descoronar”, sino en “destronar”.



11 Coronación de Isabel II de Gran Bretaña (2-VI-1953). - 12 Foto oficial de Isabel II (Cecil Beaton).- 13 Coronación del rey Tupou V de Tonga (Islas Fidji, 2008), con asistencia de miembros de familias reales de Japón, Tailandia y Gran Bretaña.

Las coronas (y diademas) tienen forma circular, originalmente hechas con plantas, flores, o metal labrado. Desde hace milenios tuvieron varios usos: en las fiestas primaverales, como alegre adorno; militarmente, para premiar hazañas (el primero en escalar una muralla, abordar un barco...); en las competiciones deportivas, signo de victoria (como las ramas de olivo en las olimpiadas griegas); los romanos distinguían con ramas de laurel a los generales triunfantes.



14 Izq.: Corona de hojas de roble en oro (fines s. IV a.C., santuario de Eukleia); Der.: Corona de hojas y flores de mirto en oro (fines s. IV a.C., tumba). Halladas ambas en Tesalónica, Grecia..

Un símbolo del poder y riqueza de los monarcas se encuentra en las tiaras, diademas y cintas frontales de los reyes babilonios y asirios, que eran metálicas y adornadas con piedras preciosas. En el Antiguo Egipto, los faraones portaban en la cabeza diferentes tipos de coronas, para indicar el territorio gobernado. El contenido simbólico variaba según sus adornos y tamaño, en correlación con el poder personal.



15 Faraón Snofru, fundador de la dinastía IV, divinizado en el Imperio Medio (h. 2100 a.C.). Estela de su templo funerario en Dahsur, portando la corona del Alto y Bajo Egipto y un flagelo.



16 Faraón Mentouhoep (Dinastía XI, h. 2000 a.C.)

Un uso básico fue ritual, como en la fiesta del dios Mitra, cuando el rey de Persia se embriagaba, con una corona que representaba al sol en la cabeza. (König 1964:921); y el efectuado en el Imperio romano en sus cultos, que asignaban a cada divinidad un árbol determinado, utilizando sus ramas con flores en las fiestas (de vid en las de Baco, laurel en las de Apolo, olivo en las de Minerva, espigas y adormidera en las de Ceres, álamo blanco en las de Hércules). En la Edad Media se impusieron como insignia de soberanía, designándose por *corona* la personalidad jurídica del estado cuyo régimen es monárquico (imperio, realeza, principado). Al mismo tiempo, el cristianismo triunfante representaba a sus santos con doradas “coronas de santidad”, adoptando como modelo icónico el de la mitología solar egipcia.

A fines del Imperio Antiguo (h. 2400 a.C.) Ra, el dios Sol, se había convertido en el dios oficial de los faraones, que se consideraban sus hijos e incluso su reencarnación. Durante la dinastía V fue elevado a deidad nacional y su clero fue el más poderoso. A Ra se le solía representar con el disco solar tras la cabeza, por lo que muchos de los otros dioses sufrieron una solarización, que se consolidó en el Reino Medio, vinculándole luego al dios tebano Amón para convertirse en el todopoderoso Amón-Ra³.



17 Ra, con el cetro *uas*, conduce en su barca solar al difunto



18 La reina Nefertari como diosa Hathor, en Abu Simbel (1264 a.C.)⁴



19 Sekhmet, solar diosa de la guerra.



20 Virgen de la Leche (Ramón Mur, 1419)



21 Ábside románico deTahull, todos con corona solar

-El cetro

Otro atributo identificativo de los monarcas es el cetro, especie de bastón de mando y signo de autoridad, generalmente de metales nobles labrados y adornados. Se conectan con las largas varas que utilizan como insignias los prebendados eclesiásticos y los mayordomos de congregaciones, hermandades y cofradías.



22 En la Cueva del Castillo -Cantabria-, se encontró lo que se considera un labrado bastón de mando magdaleniense (h. 12000 a.C.).



23 Uno de los más antiguos cetros reales, hecho con calcedonia muy pulida, oro y cobre, fue descubierto en la tumba del faraón Khasekhemwy en Abydos (Dinastía II, reunificó Egipto). Murió en 2686 a.C , y es el primer monarca egipcio que se conoce mandara esculpir esculturas suyas, y su cámara funeraria se considera la estructura de albañilería más antigua del mundo).

El término *cetro*, que en sentido figurado denota “imperio, dominio, poder” (*Enciclopedia Universal Espasa* 1911: tomo XII) proviene del griego *σκῆπτρον* (*skeptron*), el palo o bastón que utilizaban las personas mayores para apoyarse al andar. Puede ser universal asociar la idea de autoridad a la de ancianidad, ya que “en los tiempos primitivos los ancianos eran los que ejercían tal función, y de aquí que los cetros pasaran a ser símbolo de autoridad o soberanía, Por esto fue llevado por reyes, jefes militares, jueces, sacerdotes, jefes de tribu, etc. [...] Parece que el nombre y el emblema del cetro tuvieron su origen en el Antiguo Egipto, y de allí pasó su empleo a varias naciones de Asia” (*Enciclopedia Britannica*). En el

periodo predinástico de Egipto, en contexto funerario el cetro *uas* indicaba la potencia divina necesitada por el fallecido para “la otra vida”, y se entroncaría con otros largos bastones (a veces descritos como cayado de pastor para conducir el ganado) convertidos en signos de poder, asociados con los dioses y el faraón.



24 El faraón Horemheb ante la diosa Hathor⁵,



25 Cabeza de cetro *uas*



26 Máscara funeraria del faraón Tutankhamon (1352 a.C.) que porta el cetro *uas* (tumba de Horemheb, Dinastía XVIII, murió en 1295 a.C.)

Los gobernantes de la Edad de Bronce en Mesopotamia no suelen representarse con cetros, pero en algunas ocasiones aparecen armados, con arco y flecha y a veces una maza. El posterior uso de una vara o bastón como representación de la autoridad entre los soberanos asiáticos (de oro entre los persas) se impuso en la Grecia Antigua, donde el cetro era símbolo de poder de un dios, consistente en una larga vara rematada con una figura de metal, usada como bastón ceremonial por los ancianos más respetados. Tales figuras a veces eran de la fruta del pino, símbolo de la vida eterna. En cuanto a los rituales dionisiacos, las bacantes portaban *tirsos*, una especie de lanza recubierta de hojas de parra y yedra, con propiedades mágicas.



27 La diosa Hera sentada en su trono con un cetro (h. 500-475 a.C.)



28 Altorrelieve romano con Baco portando un tirso

Entre los etruscos, se usaban cetros de oro muy ornamentados. De ellos debieron derivar los cetros romanos (del latín *sceptrum*). Parece que el primer rey que los usó fue Tarquino el Soberbio (una estatua de Júpiter colocada por dicho soberano en el Capitolio, tenía vestiduras de púrpura, diadema y un cetro en la mano). Luego se impuso como insignia a las estatuas de dioses, siendo largos y llamados *hasta*. Durante la República, un cetro de marfil marcaba el rango de cónsul. Lo usaban los victoriosos generales que recibían el título de *imperator*, y también simbolizaba la delegación de su autoridad. Durante el Imperio, el *sceptrum Augusti* era especialmente usado por los emperadores, a menudo de oro o plata rematado por un águila.



29 Emperador César Augusto (siglo I).

El Cristianismo adoptó el cetro con su significado usual. Tras Constantino, al cetro imperial se le colocó como símbolo una cruz en vez del águila. Entre los emperadores bizantinos, el cetro terminaba en un globo (el mundo) rematado por la cruz de Cristo, representando al imperio defendido por el soberano, garante de los valores y virtudes del cristianismo. En España, según Moliner (1889) fue el visigodo Leovigildo el primer monarca que lo usó, presentándose con él en las audiencias públicas. Hasta el siglo XIV, en Europa la autoridad real se solía representar con un cetro con una flor de lis que el monarca portaba en su mano izquierda. Más adelante, llegaría a ser el bastón de mando de los mariscales.



30 Naípe del tarot con el Emperador -



31 Cetro de Carlos V Valois figurando a Carlomagno (1364) -



32 Rey franco Hugo Capeto (s. X)..



33 Corona y cetro de Isabel la Católica (fines s. XV).

Un cruel reverso burlesco de estos símbolos se encuentra en un episodio de la *Pasión* de Jesús, la ‘coronación de espinas’, cuya más completa descripción corresponde al evangelista Mateo: Acusado Jesús de proclamarse “rey de los judíos”, los soldados del procurador Pilato le llevaron al pretorio, y allí “lo desnudaron , le vistieron una túnica de púrpura, trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y una caña en su mano derecha; y arrodillándose delante, se burlaban de él, diciendo: ‘¡Salve, rey de los judíos!’ [y] después que se mofaron de él [...] lo llevaron a crucificar.” (Mt. 27, 27-31).⁶



34 *Ecce Homo* de Caravaggio (1605)

2 Las coronaciones

Si aplicamos los principios teóricos de la simbología a los ritos por los que se accede al poder monárquico, tendríamos que por “coronación” se entiende la ceremonia por la que los soberanos inauguran su mandato. Consiste en atribuir el poder monárquico, al imponerle al nuevo soberano una corona y presentarle otros objetos simbólicos de ‘realeza’, que representan visualmente tal estatus. Este rito también suele incluir juramentos y actos de homenaje. Habiendo sido un ritual básico en los estados medievales, con los cambios socio-políticos ha ido perdiendo su carácter simbólico, aunque siga perpetuándose en Gran Bretaña, Tonga y varios países asiáticos. En este ritual es apreciable una doble operación política: por un lado, se expresa “la cohesión entre los gobernados que manifiestan su apego a unos valores, a unos símbolos y a una historia común; por otro, la reafirmación de la aceptación colectiva del poder establecido y de los que lo encarnan” (Abélès 1977:8).

En el antiguo imperio egipcio: se conservan representaciones de coronación, como la de Seti I (padre de Ramsés II) en 1290 a.C.



35 Un relieve del Templo de Abidos (Dinastía XIX, 1317 a.C.) muestra al faraón Seti I en el trono en su coronación, portando los cetos del cayado y el flagelo (símbolos de realeza) y sosteniendo entre diosas la corona.

El emperador de Roma: primero era elegido por el Senado, y luego aceptado o reconocido en el Campo de Marte por el pueblo y las legiones con aclamaciones que seguían un ritual fijo. La diadema, de origen oriental, parece que fue introducida por Aurelio, y usada habitualmente por Constantino.

En la Europa pre-cristiana: el rey o gobernante era elegido al subirlo a un escudo, soportado por los principales de la tribu o nación, en medio de la asamblea comunitaria. Luego le entregaban una lanza y le ataban a la frente una diadema o rica banda de seda o lino, como signo de autoridad real. Con la cristianización, se añadió un servicio religioso de bendición.

El emperador de Bizancio: con León I (año 457) se elabora un rito de la coronación con sentido religioso. Constantino Porphyrogenitus VII, a quien debemos muchos conocimientos sobre los ceremoniales bizantinos, lo describe así:



36 Coronación de Constantino VII (h. 945 d.C.)

El nuevo emperador, acompañado por los altos dignatarios, subió a un estrado en el Hipódromo, donde fue aclamado por la multitud, mientras le imponían las vestiduras imperiales, la diadema, el escudo y la lanza. Luego fue acogido con la fórmula ritual. Siglos después, a fines del X, el rito se iniciaba en la catedral de Santa Sofía con preces a cargo del patriarca, quien colocaba la corona y la capa pluvial de color púrpura al emperador, que luego se sentaba en un trono con cetros y estandartes a los lados, para recibir el homenaje de los dignatarios que le besaban las rodillas.⁷

El más antiguo de los rituales conocidos para la coronar reyes en Occidente, está en el *Pontifical* de Egbert, arzobispo de York a mediados del siglo VIII. La ceremonia se intercala en la misa, con bendiciones, himnos, untar óleo al rey, entregarle un cetro, un bastón (*baculus*) y un casco, y besos como signo de homenaje y vasallaje. (Encyclopedia Britannica 1911: <http://www.1911encyclopedia.org/Coronation>).

2.1 Coronación de Carlomagno

La coronación imperial de Carlomagno es uno de los grandes acontecimientos políticos del Medioevo y uno de los mayores mitos político-religiosos de Occidente. A finales del siglo VIII, Europa estaba dividida entre tres grandes poderes: el Papa, jefe de la Iglesia Católica; el emperador de Constantinopla; y el rey de los francos y lombardos (Carlos I el Grande o Carlomagno). El papa León III fue depuesto por una conjura de nobles romanos, y pidió ayuda a Carlomagno, quien le repuso en la dignidad pontificia. En prueba de gratitud, el Papa decidió coronarlo emperador en Roma, donde los antiguos césares habían tenido la costumbre de coronarse. Este acto de imposición del título imperial tuvo lugar en la basílica de San Pedro en la noche de Navidad del año 800, constituyendo la fundación del Sacro Imperio Romano. Los intelectuales carolingios trataron de vincular la imagen de Carlomagno más con la de Constantino, primer emperador cristiano, que con la de Augusto. También se creó un precedente: el de la coronación por el papa como condición obligatoria para que la dignidad imperial fuera efectiva, además que la unción sacramental concedía al monarca una suerte de poder sobrenatural, convirtiéndolo en guía de la Cristiandad y cabeza de la Iglesia.



37 Coronación de Carlomagno



38 Corona de Hierro de Carlomagno.

Las principales fuentes documentales directas de la coronación de Carlomagno son dos. El relato oficial franco, los *Annales Regni Francorum* (año 801), según los cuales el día de Navidad, en el momento de la misa, León III impuso la corona imperial sobre la cabeza de Carlos, siendo aclamado por el pueblo como *augusto, grande y pacífico emperador Romano*. Por otra parte está el *Liber Pontificalis*, versión romana de los hechos, que añade que, tras la aclamación popular, el Papa ungió con el óleo santo al rey. El título y la aclamación del pueblo romano indican que se sigue al rito de la coronación imperial al uso en el Imperio cristiano antiguo.⁸

2.2 Coronación de Napoleón

Alcanzada la cima del poder absoluto, para consagrarlo e instaurar una dinastía, Napoleón Bonaparte decidió coronarse emperador, recuperando los *Honores* del último emperador reinante en Francia, Carlomagno, como vínculo con el más ilustre pasado de la nación. La ceremonia de coronación se llevó a cabo el 2-XII-1804 en la catedral *Nôtre Dame* de París, con la asistencia del papa Pío VII, aunque

Napoleón se ciñó la corona a sí mismo y después la impuso a Josefina, convirtiéndola en emperatriz.

Así, revestido con el manto imperial (basado en el de los reyes Carolingios) portó los dos cetros que empleaban los reyes francos: el más largo representa al bastón de Moisés, el del buen Pastor que guía a su pueblo: “*Cetro de rectitud y regla de la virtud, para conducirnos bien, vos mismo y a la santa Iglesia y el pueblo cristiano que os es confiado*”, le precisaría Pío VII; el corto, “la mano de Justicia”, es una mano de marfil bendiciendo, que alude a la potestad religiosa y al poder del soberano de juzgar y hacer justicia, y tal como le indica Pío VII: “*Amar la justicia y detestar la iniquidad, pues es para semejante fin que Dios os ha consagrado Emperador*”.



39 Napoleón en su trono imperial (Ingres, 1806)



40 Mano de la Justicia



41 La Joyeuse de Carlomagno, restaurada.

Otro elemento resaltable en este ceremonial de Consagración fue la espada *Joyeuse* de Carlomagno, restaurada para esta ocasión. “*Dignaos recordar que esta espada bendecida por nuestro ministerio está destinada por Dios para la defensa de la Santa Iglesia; [para] que reparéis los desórdenes y conservéis lo que está sabiamente establecido. Tomad esta espada, disponeos al combate, y recordad que los santos triunfaron sobre las potencias de este mundo, no por la espada sino por la Fe*”, le diría Pío VII (Garzón-Sobrado 2004).

3 Coronaciones hispánicas

Cada uno de los reinos cristianos peninsulares tuvo diferentes ceremonias de coronación: proclamación o jura al comienzo de los reinados, o como reconocimiento de cada uno de los diferentes territorios que los componían. En la época visigoda, la corona se colgaba del techo o de un baldaquino, encima del monarca. Para el caso de los territorios vascos y del reino de Navarra, el rey o reina era alzado sobre un escudo por los ricos hombres.

3.1 Consagración de los reyes de Aragón

La consagración, coronación, bendición y ordenación de reyes era uno de los “otros sacramentos”, no instituidos por Jesucristo y no necesarios para la salvación. Siguiendo a Gudiol, “en virtud de este rito litúrgico, el rey se inscribía en el clero como partícipe del ministerio episcopal. Las partes sustanciales del rito con sus respectivas fórmulas sacramentales eran la *unctio* con óleo crismal, la *impositio corone* o coronación y la colocación de las insignias reales: la *virga* o cetro y el *pomutn* o globo de oro. Se completaba la ceremonia con la *assignatio solii* o entronización. Acción previa al sacramental era la investidura de caballería, con la bendición y entrega de la espada al rey.” El Pontifical de la curia romana es el libro litúrgico que reúne las celebraciones o conjunto de rituales que preside el “sumo pontífice” de la

cristiandad. El Pontifical Romano del siglo XII contemplaba la coronación del emperador. Siguiendo sus normas, el primero de los reyes de Aragón ungido y coronado fue Pedro II. Un documento papal del 10-XI-1204 describe la celebración del rito. Pedro acudió a Roma, y en el monasterio de san Pancracio fue armado caballero y coronado rey por manos del Papa Inocencio III, quien le impuso las insignias reales: el manto y la esclavina púrpuras de los emperadores bizantinos, el cetro, el globo, la corona y la mitra. Una segunda parte de la ceremonia, la investidura de caballería, se realizó en la basílica de San Pedro: el rey depositó el cetro y la corona sobre el altar mayor y el Papa Inocencio III le colocó la espada. Seguidamente, Pedro II prestó sobre los Evangelios juramento de fidelidad y obediencia al Papa y de defender la libertad e inmunidad de las iglesias, declarando así su reino feudatario de la Santa Sede. Al año siguiente, Inocencio III concedió a Pedro II que sus sucesores fueran coronados en la catedral de Zaragoza por el arzobispo de Tarragona.

Debido a enfrentamientos entre el papado y la corona aragonesa, cuando Pedro III fue coronado en 1276, decidió alterar el contenido del Pontifical Romano: el papel del arzobispo se redujo a la unción sagrada y el rey se arrogó el derecho a autocoronarse y tomar por sí mismo las insignias reales, para manifestar que no se consagraba ni coronaba a título de vasallo de la Santa Sede. En similar línea, Alfonso IV estructuró en 1328 un nuevo *ordo coronationis* del rey de Aragón, que officiarían los arzobispos de Zaragoza.

3.2 Coronación de los reyes de Castilla

Hasta Juan I (1379), las coronaciones castellananas tenían lugar en Toledo, entregando al monarca la espada real, el cetro, la corona y la manzana de oro, antes de recibir su unción. A partir de entonces, el nuevo monarca era proclamado por las Cortes, ante las que debía pronunciar solemne juramento.

Tras los funerales de Enrique IV en Segovia, el 13-XII-1474, su hermana Isabel cambió de ropa, se quitó la sarga blanca de luto y se puso otras galas más ricas “con joyas de oro y piedras preciosas que realizaban su peregrina hermosura” y sobre el cadalso de madera que se había construido en el atrio de la iglesia de San Miguel y con Isabel sentada en su silla real, estando presente el nuncio del Papa, muchos nobles y religiosos, fue jurada como reina señora de los reinos de Castilla y León. La ciudad le pidió que jurara, y ella así lo hizo con la derecha sobre la Biblia y por la señal de la cruz, ser obediente a los mandamientos de la Santa Iglesia [y] guardar los privilegios, libertades y exenciones que tienen los hidalgos y las ciudades y villas, al igual que lo habían hecho sus predecesores. Luego el corregidor y alcaldes, en señal de reconocimiento de señorío le entregaron las varas de justicia (o bastones de mando) de la ciudad [luego el] alcaide y tenedor del Alcázar y de las puertas de la ciudad, le entregó a Isabel todo por ser ella la legítima heredera. La reina pidió que se recogiera todo por escrito, y así lo hizo el escribano Pedro García de la Torre. Tras vocear los portadores de los pendones de la reina la fórmula de la proclamación: “¡Castilla, Castilla, Castilla, por la muy alta e muy poderosa princesa e Señora, nuestra Señora la Reyna Doña Isabel”, la reina descendió del Cadalso y entró en San Miguel para rezar ante el altar mayor, tomó en sus manos el pendón real, colocado en una lanza, y lo ofreció Dios en las manos de un clérigo que estaba en el altar”.

3.3 Coronación de Carlos V

Carlos de Habsburgo, siendo rey de Aragón, consiguió que los príncipes electores germanos le designasen Sacro Emperador Romano para suceder a su abuelo Maximiliano. El acceso a esta dignidad comportaba tres coronaciones sucesivas. La primera como rey de romanos, en la capilla palatina de Aquisgrán, donde se le imponía la corona de Carlomagno y se le entregaba su espada, junto con los otros signos distintivos: anillo, orbe y cetro. Esta ceremonia tuvo lugar en 1520, y a continuación se debía proceder a las otras dos coronaciones en San Pedro del Vaticano, pero la situación política lo impidió, al haberse aliado el Papa con su enemigo el rey de Francia. Sellada la paz con el Papa Clemente VII (Julio de Médicis), eligieron un lugar neutral para la ceremonia: Bolonia. Y allí, en febrero de 1530 se le impusieron la corona de hierro que le

instituía rey de Lombardía y la de los Césares, que significaba la raíz romana de la dignidad imperial. En solemnísimas ceremonias, y procediendo así por última vez, un Papa expresaba el pacto entre Iglesia y Sacro Imperio, coronando al emperador. Cantada la epístola, el Pontífice le entregó la espada, al tiempo que pronunciaba las palabras rituales por las que Carlos se comprometía a “vencer y quebrantar a los enemigos del Dios de Israel”. A continuación, el Papa le impuso las demás insignias de su dignidad, el cetro, la bola del mundo y, finalmente, la corona imperial, que esta vez tenía forma de mitra pontificia.



42 La ceremonia en un fresco del Palacio Viejo de los Médicis en Florencia, por Giorgio Vasari (h. 1560) - 43 En un plato esmaltado de la época.

3.4 Coronación de Juan Carlos I

En su testamento, Franco nombraba sucesor al príncipe Juan Carlos de Borbón y Borbón, causando la III Restauración Borbónica.⁹ El 22-XI-1975 las Cortes y el Consejo del Reino en sesión conjunta, cumpliendo la ley de Sucesión de 1947 y el ritual castellano (sin pendones), le proclamaron rey de España, en un acto centrado en Jurar ante los Evangelios cumplir las Leyes Fundamentales y ser leal a los Principios del Movimiento Nacional, tras el que tuvo lugar la interpretación del Himno Nacional y un discurso. El nuevo rey lucía en su uniforme militar los distintivos de capitán general, rango que le había sido conferido horas antes por el Consejo de Regencia, y ostentaba la vena del Toisón de Oro. En primer término del estrado se colocó una mesilla o escabel con un cojín soportando la corona y el cetro o bastón de mando (custodiados en el Palacio de Oriente) y el crucifijo de plata del despacho del presidente de la Cámara.



44 El Juramento ante el trono.



45 Corona y cetro, a los pies.

Desde Isabel II de España, las mismas joyas han presidido las juras en las Cortes: la *Corona Tumular de los Reyes de España*, cincelada en plata sobredorada por orden de Carlos III para el funeral de Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V (1766), que tiene un valor más simbólico que económico; y el cetro (labrado en oro, esmaltes, rubíes y cristal de roca) que para unas fuentes fue un regalo a Felipe II de su primo el Emperador Rodolfo II, mientras que para otras es un bastón de mando del siglo XVII de origen ruso

regalado a Carlos II. Cinco días más tarde, una ceremonia religiosa consagró la ascensión al trono del rey Juan Carlos I: la misa del Espíritu Santo o de entronización, en la Iglesia de San Jerónimo el Real, adonde entró y salió bajo palio.

Crónica oficial: <http://www.fororeal.net/30aniv2.htm>

Video: http://www.youtube.com/watch?v=Jic74x8Ci1M&feature=player_embedded

Aunque en esta ceremonia la corona tuviera un rol pasivo, en el rito matrimonial efectuado cuando era príncipe heredero, tuvo activa presencia esa corona que transfiere simbólicamente el poder del invicto sol.



46 Boda del príncipe Juan Carlos de Borbón con la princesa Sofía de Grecia en Atenas, el 14-V-1962.

4 Los bastones de mando

Finalizaremos proponiendo una interpretación de los cetros o bastones de mando tan vinculados con el Poder (como ejemplifica el retratismo cortesano hispánico). Este objeto posee gran simbolismo en varias direcciones. Podemos aceptar que las armas más antiguas de la humanidad fueran el palo puntiagudo, usado como lanza y arrojadiza jabalina, y la porra o maza (todos elaborados con ramas de árboles), junto con las piedras y huesos. Estos objetos bélicos irían modificando su función ofensivo-defensiva para convertirse en signo de prestigio y poder, convenientemente adornados. Al mismo tiempo, los palos servían de apoyo en las caminatas, y como báculo para los ancianos. De aquí, su conversión en signo de la experiencia.



47 Cañas de jefe (Angola s. XIX XIII)



48 Deidades del inframundo en la Terraza dl Rey Leproso, Jayavarman VIII, Angkor Thom (s. XIII)

Asociado con tales objetos se tiene al *hombre salvaje* o *de los bosques*, figura mitológica que abunda en la literatura, obras de arte y grandes fiestas de la Europa medieval, con su apogeo en los burgos, templos y cortes palaciegas del siglo XIV; y muy influyente en la época barroca, representando la antítesis de la civilización y sus restricciones sociales represoras de nuestros instintos naturales, especialmente el sexual y el egoísta. Figuras parecidas se encuentran en la mesopotámica *epopeya de Gilgamesh* (con su peludo hombre-bestia Enkidu), en el *Ramayana*, epopeya nacional india, donde su héroe Rama encarna al genio de la selva antes de convertirse en dios del amor, y en las mitologías griega y romana (con sus faunos y sátiros), habiendo perdurado en el folklore popular, especialmente en las comitivas de las mascaradas invernales. “El salvaje, como la etimología de su nombre indica, *selvaggio*, es el que habita en la selva, en

los bosques “[...] Este humano que vive lejos de las ciudades y muy cerca de las guaridas de las bestias tiene largas barbas, va desnudo, con el cuerpo cubierto de abundante vello o revestido a lo sumo de simples pieles, armado con un garrote, maza o bastón” (Linares 2008)



49 Dibujo de Hans Holbein el Joven (h. 1525-28)



50 Juego de la caza y muerte del Hombre Salvaje, por Brueghel el Viejo (h. 1560)

Es una figura polifacética. Por un lado, según Mircea Eliade el “mito del buen salvaje” prolonga el mito de la Edad de Oro, Edén o paraíso perdido; de la perfección de los orígenes y su nostalgia. Por otro lado, estos salvajes semejan enloquecidos animales lascivos y a menudo feroces. Convertidos en grotescos, de aterrorizar han pasado a ser burlones. Dentro del cristianismo hay una tendencia que auspició la versión positiva del hombre salvaje: la del monaquismo, los eremitas y santos de los cenobios del desierto (cultivada sobre todo en Egipto s. IV). Y por el contrario, aparecen en los autos sacramentales muchos enemigos de la moral caracterizados como salvajes, entre los cuales los que para Calderón encarnaban el Ateísmo.



51 *Hombres de musgo* del Corpus de Béjar (Salamanca), 1995.

En su magistral investigación sobre este ambivalente personaje, Bernheimer documenta el *Magnus ludus de homine selvatico* en la fiesta de Pentecostés de 1208 en Padua, siendo una de las primeras referencias de actividades teatrales en Italia desde la desaparición del teatro romano (Bernheimer 1952:51). Representaciones rituales de su caza, captura y muerte (a veces tras ser juzgado), abundan en Centroeuropa, a menudo conectadas con las del oso de las mascaradas invernales, que fueron objeto de prohibiciones ya en el siglo IX, aunque la Iglesia no consiguiera suprimir su culto, como prueba el que sigan presentes por los Pirineos y Cordillera Cantábrica en nuestros días. Este autor duda entre calificarlo “ritual de fertilidad que aportaba la promesa de la inmortalidad, o simplemente el eliminar un obstáculo personificado para el regreso de la primavera, un demonio invernal que tenía que morir para que su helado aliento no impidiera el estallido del verdor. Ambas interpretaciones tienen evidencias para sostenerse” (Bernheimer 1952:56). Así, el feroz hombre salvaje sería una imagen del invierno y la muerte; poseedor de una doble naturaleza: fertilizador y encarnación de los muertos que regresan, como refleja la ambigüedad de sus rituales. Además, su persecución a la Dama en el folklore europeo ofrece una amplia distribución, lo que demuestra su antigüedad, establecida antes de la Alta Edad Media (Bernheimer 1952: 145). Conectados con ellos se encontrarían los estrafalarios personajes enmascarados conocidos como *botargas*, que portan palos con cabezotas esculpidas, y que fueron estudiados especialmente en Guadalajara por Caro Baroja (1965).

Su genealogía iconográfica nos llevaría hasta el mazo o pesada rama de olivo empuñada por Hércules. En la mitología griega, sobresale un personaje de gran relevancia, implantado tan a fondo que incluso hoy día

sigue estando presente en nuestra cultura cibernética: se trata del hijo del gran dios Zeus y el más célebre de sus héroes: Heracles, vencedor de mil combates, arquetipo de la fuerza y el vigor sexual masculinos. Una de sus hazañas fue robar el ganado del gigante Gerión, que dominaba las Hespérides, Mediterráneo Occidental. Fue transformado por los romanos en Hércules, al que rendían culto. En la primera historia hispánica, la *Crónica General* de Alfonso X el Sabio (siglo XIII), se le convierte en liberador de Iberia del yugo del tirano Gerión. De ahí, se le considera iniciador de la monarquía ibérica. Y respecto el cetro o bastón de mando, se puede interpretar como residual imagen de la potencia sexual que se atribuye a sus portadores.



52 Hércules romano (Constantinopla)



53 Hércules de los jardines del palacio de Aranjuez (1827)

5 En los juegos de baraja

Concluiremos ya con las imágenes posiblemente más populares del monarca enarbolando un recio bastón fálico, tanto en nuestros días como hace siglos.



Así aparece el Rey de Bastos en los naipes españoles, juego de cartas al que se atribuye origen árabe. Antiguamente, parece que a cada uno de los cuatro *palos* en los que se divide el juego, se otorgaba cierto significado: los oros eran la burguesía (ricos), las copas el clero (por el cáliz de la misa), las espadas correspondían al ejército, y los bastos indicaban el pueblo (pobres cercanos a la naturaleza y al cultivo).¹⁰ Pero no deja de ser evidente una conexión de la “gran porra” con la fuerza represiva de la Autoridad, ejecutada por los mercenarios a su servicio.

54 Rey de Bastos (Baraja núm. 1)

Parecido personaje es el Rey de Varas del Tarot, sentado en su trono. En webs esotéricas, la explicación de este arcano menor sugiere que la energía de las varas mágicas o bastos está incómoda por permanecer quieta, y desea soltarse y volar. Cuando sale esta figura en una tirada de Tarot, indica que se debe controlar la impaciencia, pues puede llevar a actuar sin razonar y, con ello, al desastre. Toca guardar la compostura y adecuarse a las normas. Por otra parte, cualidades del Rey de Varas son la creatividad y el entusiasmo: tiene coraje, convicciones y siempre cree en si mismo. Como una personalidad fuerte que es, puede tender a veces a la intolerancia. Se considera que los símbolos que dominan esta carta son dos: el león, emblema de Leo y la salamandra, un reptil legendario que se piensa habita en el fuego, y era el símbolo favorito de los alquimistas. Visto esto, el Rey sería el maestro en la creación de fuego. ¡Y así volvemos al mítico dios sol, del que se proclama simbólicamente descendiente!



55 Rey de Varas

Notas:

¹ Para entender estas simbolizaciones modernas de lo político, son interesantes las aportaciones de D. I. Kertzer (*Ritual, Politics and Power*, 1988) y C. Rivière (*Les liturgies politiques*, 1988). Véase especialmente Marc Abélès: “La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (Unesco), 1997.

http://iidypca.homestead.com/FundamentosAntropologia/Abeles_-_La_antropologia_politica.pdf



56 Castillo conquistado por los Cristianos en las fiestas de Aldeire (Granada, 1982). Aquí, la simbología político-religiosa impregna la representación teatral vinculada al ritual festivo.

² El rey cazando elefantes en Botsuana en plena recesión y ola de recortes; turbios negocios de una infanta y su marido (“escándalo Undargarín”); uso indebido de un rifle por un nieto de 13 años.

³ La leyenda mitológica más conocida en torno a Ra describe cómo durante el día cruzaba el cielo con su barca solar, *mandyet*, en tanto que por la noche viajaba en otra barca, *Mesketet*, a bajo la forma de Sol de poniente. Tras derrotar a la maléfica serpiente Apofis, la cual intentaba detener el avance de la barca, ascendía de nuevo al firmamento cada mañana. (Rosa Thode “El panteón egipcio” en www.egiptologia.org).

⁴ Grabado en el Templo menor de Abu Simbel, consagrado por el faraón Ramsés II a Hathor, diosa del amor, la alegría, la belleza, el erotismo y la ebriedad, y a su esposa favorita, la reina Nefertari, (aquí con los atributos de Hathor). La veneración de esta diosa proviene de la época predinástica, donde pudo desarrollar los primitivos cultos a la fertilidad y a la naturaleza en general; con la que se vincularán la deidad griega Afrodita y la fenicia Astarté. (Rosa Thode “El panteón egipcio” en www.egiptologia.org). Véase la semejanza con la muy posterior figuración simbólica de Ptolomeo VIII coronado por las diosas del Alto y Bajo Egipto (144 a.C.)



57 En el templo de Horus en Edfu, período ptolomeico.

⁵ La diosa aparece en su representación característica, como mujer con cuernos de vaca y el disco solar entre ellos.

⁶ También aparece en los *Santos Evangelios* de Marcos (Mc. 15, 16-20) y Juan (Jn. 19, 2-3).

⁷ Constantin VII Porphyrogénète, *Le livre des cérémonies*, ed. A. Vogt, 4 vols (Paris, 1935-9), II/I, 1-5.

⁸ Corona de Carlomagno: La Corona de Hierro es una antigua y preciosa corona usada desde la Alta Edad Media hasta el siglo XIX para la coronación del rey de Italia. Durante siglos, también la recibieron los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico. En su interior hay una lámina circular de metal: la tradición cuenta que fue forjada con el hierro de uno de los clavos que se usaron en la crucifixión de Cristo. Por este motivo la corona es también venerada como reliquia, y se custodia en una capilla de la catedral de Monza (Italia), llamada Capilla de Teodolinda. Los textos fuente son: *Annales Maximiani*, en: Grousset, R., *Histoire Universelle*, Encyclopédie de la Pléiade, 1957, Paris, t. II, p. 378; y *Liber Pontificalis*, XCVIII, 23-24, en: Artola, M., *Textos Fundamentales para la Historia*, Alianza, 10ª Ed., 1992 (1968), Madrid, p. 49.

⁹ Los anteriores derrocamientos fueron efectuados por Napoleón Bonaparte y las I y II República.

¹⁰ Antiguamente había varias fábricas en el territorio peninsular, las cuales necesitaban de autorización real para garantizar que su fabricación no fuera tramposa. En el siglo XVIII, una de estas fábricas estaba situada en Macharaviaya (Málaga) y era propiedad de la familia Gálvez, que consiguieron de la corona la exclusiva de fabricación para las Indias Occidentales. Los naipes más conocidos en España son los fabricados por Heraclio Fournier: la primera de sus fábricas estaba en Burgos, se trasladó a Vitoria y hoy día en Villarreal de Álava. El modelo número 1 son las barajas más populares de Fournier, que vende anualmente más de 10 millones de unidades por el mundo.

-- Este artículo es un extracto de "[Los símbolos del poder](#)", publicado en *Gazeta de Antropología* núm. 28 (2012) --